

La Comunidad de Calatayud en las Edades Moderna y Contemporánea

JOSÉ ÁNGEL URZAY BARRIOS

La comarca durante el Antiguo Régimen

Como consecuencia del matrimonio entre Fernando e Isabel, la Corte se trasladó a Castilla. La comarca de Calatayud, que hasta entonces había sido la avanzadilla del Reino de Aragón hacia Castilla en los frecuentes enfrentamientos armados entre ambos reinos, basculó a partir de ese momento entre ambos centros de poder. Las divergencias políticas entre el viejo Reino de Aragón y la monarquía peninsular repercutieron especialmente en este sector fronterizo y además hicieron aflorar las tensiones siempre existentes entre las clases dirigentes, especialmente la baja nobleza, contra el pueblo. Esto sucedió cuando Antonio Pérez huía de Felipe II hacia Zaragoza e idéntica situación se reprodujo cuando la guerra de Sucesión enfrentó a partidarios de las dinastías austriaca y borbónica.

No se libró tampoco la comarca de ser un lugar de tránsito para tropas, que originaban a su paso frecuentes conflictos con sus habitantes. Además, personajes ilustres, incluidos bastantes monarcas, atravesaban el camino real y pernoctaban habitualmente en Calatayud. También su situación propició que algunas Cortes de Aragón se celebraran en la capital comarcal. La mayoría tenían como sedes habituales Monzón y Barbastro, pero las de 1626 finalizaron en Calatayud. Unos años más tarde, se proyectó la celebración de nuevas cortes en Calatayud, concretamente en el año 1677, pero fueron organizadas en Zaragoza.

La sociedad, que era muy heterogénea y plural, se vio fracturada dos veces por la expulsión de minorías religiosas. En primer lugar, fueron echados del Reino los judíos, que desde hacía siglos estaban asentados en la zona, sobre todo en la judería de Calatayud. Muchos se convirtieron y pudieron quedarse, pero su nueva situación de conversos no impidió que la aversión hacia ellos, abanderada por la Inquisición, persistiese durante décadas. Los siguientes fueron los

moriscos, en el año 1610, decisión que afectó a familias de Ariza, Arándiga, Calatayud, Morés, Nigüella, Saviñán, Terrer y Villafeliche, localidades pertenecientes a la actual delimitación comarcal. Durante el XVI y principios del XVII numerosos emigrantes del sur de Francia, Navarra y País Vasco se asentaron definitivamente en nuestra tierra como artesanos, generalmente bien cualificados. Conforme avanzó el siglo XVII, la población de la Comunidad de Calatayud se comportó regresivamente.

La población vivía inmersa en una sociedad estamental, con grupos sociales perfectamente definidos. Aunque apenas había alta nobleza en la zona, si exceptuamos al marqués de Ariza y unas pocas familias de Calatayud, muy vinculadas a la Corte, eran numerosos los infanzones. Los mercaderes formaban un grupo social con gran poder económico e intentaban escalar socialmente, emparentándose con esta baja nobleza. La mayor parte de la población estaba constituida por jornaleros del campo, pequeños agricultores y artesanos, generalmente agrupados en cofradías, asociaciones de mutua ayuda que regulaban las relaciones laborales, garantizaban apoyo económico en caso de enfermedad, asistencia religiosa y un enterramiento digno.

En general, era una sociedad rural, laboriosa, apegada a su entorno y tradiciones, muy celosa de sus derechos, que debía defender y preservar con frecuencia en el complejo mundo legislativo y administrativo del Reino de Aragón. Si bien es cierto que no hubo graves conflictos sociales de forma continuada, las tensiones sociales estaban siempre latentes y explotaban periódicamente. En Ariza las revueltas antiseñoriales eran endémicas; años después de la famosa sentencia de Celada, los vasallos llegaron incluso a asesinar de un arcabuzazo a su señor y mantuvieron largos pleitos para defender sus derechos frente a una autoridad feudal que les había sido impuesta. No eran extraños los desórdenes sociales, sobre todo en la ciudad de Calatayud, unas veces con luchas abiertas entre nobleza y pueblo por el control de la ciudad, otras, en los meses invernales de hambruna y carestía, con motines por la distribución de alimentos. Además, por todo el sector, al amparo del accidentado relieve, merodeaban con frecuencia los malhechores y partidas de bandidos. Casi toda la población iba armada y la violencia brotaba con facilidad. Eran muy frecuentes los altercados por cuestiones de honor o por enfrentamientos seculares entre clanes familiares.

La situación jurídica y administrativa de la comarca no experimentó grandes cambios. Continuaron conviviendo en el mismo espacio geográfico pueblos con diferente estatus. Encontramos aldeas de señorío civil y aldeas de señorío eclesiástico, pero el mayor protagonismo político fue alcanzado por las localidades realengas: la Comunidad de Aldeas de Calatayud, que agrupaba a la mayor parte de los núcleos de población de la zona, y la ciudad de Calatayud. Las dos eran *universidades*, entidades con representación propia en las Cortes de Aragón. Durante siglos persistió

El marquesado de Ariza

ANA LACARTA APARICIO

El origen de la baronía de Ariza arranca de la familia de los Palafox, naturales del Ampurdán (Gerona) y asentados en Aragón desde 1381, cuando Pedro IV vende la villa de Ariza a su alférez mayor Guillén de Palafox. Además de la villa de Ariza, la baronía comprendía algunas aldeas y lugares próximos (Embid, Monreal, Bordalba, Cabolafuente, Pozuel y Alconchel) a los que posteriormente se incorporaron Calmarza y Torrehermosa.

Las alteraciones de Ariza

En 1478 comenzó un largo litigio conocido como las «alteraciones de Ariza» entre Guillén de Palafox Rebolledo y sus vasallos por la potestad absoluta y dominio directo sobre las tierras de Ariza que había otorgado el rey Juan II al señor de Ariza. El alcance de las revueltas provocó la intervención de Fernando el Católico, mediante la sentencia de Celada (1497), en favor del señorío. Las aspiraciones de los vasallos, encaminadas a recuperar la condición de realengo, desembocaron en cruentas revueltas, cuyo momento álgido tuvo lugar en marzo de 1561, cuando los vecinos de Monreal de Ariza asesinaron a su señor, Juan de Palafox. En las Cortes de Monzón de 1585, Felipe II se pronunció a favor de los Palafox y refrendó el régimen de señorío en las tierras de Ariza. Sin embargo, las revueltas no cesaron aquí sino que resurgieron de forma intermitente a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

Los marqueses de Ariza

El primer marqués de Ariza fue Francisco de Palafox Rebolledo y Proxita de Perellós, título otorgado por Felipe III el 27 de agosto de 1611. Los sucesivos herederos del marquesado en los siglos XVII y XVIII incorporaron nuevos títulos al linaje de los Palafox de Ariza: Juan de Palafox Rebolledo y Zúñiga, octavo marqués de Ariza recibió de Felipe V el título de Grande de España; Joaquín Antonio Palafox Rebolledo y Mexía Centurión, noveno marqués de



Ariza. Casa-palacio de los Palafox



Ariza. Iglesia de Santa María. Capilla funeraria de los Palafox

Ariza recibió de Carlos III el Toisón de Oro y la Gran Cruz de la Orden Española de Carlos III. En 1820 María Elena de Palafox Rebolledo y Silva heredó el marquesado de Ariza. Al no tener descendencia, los títulos y derechos de la Casa de Ariza se agotaron en el apellido Palafox, pasando a la Casa Arteaga. El actual marqués de Ariza es Íñigo de Arteaga y Martín.

Por su trayectoria, merece la pena destacar a Juan de Palafox y Mendoza, hijo natural del segundo marqués de Ariza, nacido en 1600, limosnero y capellán mayor de los reyes de Hungría y Bohemia, consejero de Indias, arzobispo de Méjico y obispo del Burgo de Osma, al que Felipe IV nombró comisario para las Ordinaciones Reales de la ciudad de Calatayud (1634) y que escribió numerosas obras sobre temas espirituales.

El patrimonio de los Palafox en su villa de Ariza

En la villa de Ariza se han conservado algunos monumentos vinculados a los Palafox: el convento de San Francisco, desamortizado en el siglo XIX y hoy propiedad privada, que fue fundado en 1590 por Francisco de Palafox Rebolledo en agradecimiento por la resolución favorable de las Cortes de Monzón sobre su jurisdicción



Ariza. Convento de San Francisco

señorial en Ariza; la casa-palacio de los Palafox, edificio monumental del siglo XVIII construido por orden del sexto marqués de Ariza y otras casonas nobiliarias de las que se ha conservado portada y escudo. Por último en la capilla funeraria de los Palafox en la iglesia de Santa María se erigen dos bellas esculturas orantes de alabastro que corresponden a los primeros marqueses de Ariza y siguen la tipología de la escultura funeraria del renacimiento español.



Calatayud. Plaza del Mercado, antiguo centro comercial de la comarca

la rivalidad entre ambas, a pesar de los lazos económicos que las unían. Los Decretos de Nueva Planta borbónicos modificaron radicalmente la situación administrativa del Reino de Aragón y, por supuesto, de la comarca. Surgió el corregimiento de Calatayud, por lo que la Comunidad de Aldeas quedó cada vez más desintegrada de la administración centralista borbónica, aunque subsistió hasta bien entrado el siglo XIX.

La economía estaba basada en la agricultura, la ganadería y la industria artesanal, sobre todo textil. En toda la comarca, los dueños de las propiedades rústicas y urbanas, nobleza, burguesía, mercaderes principalmente, y clero, acopiaban rentas fijas mediante la emisión de censales a interés perpetuo y el recurso de los treudos, es decir, la sujeción de los inmuebles o de la tierra al dominio útil de la clase baja. Era una economía cerrada, basada en el mantenimiento de propiedades, que no arriesgaba capitales, ni producía grandes beneficios. Calatayud continuaba siendo la ciudad de servicios, con mercado semanal y feria anual. Toda la zona era frontera con Castilla, situación que seguía favoreciendo la presencia de mercaderes en todo el sector y un flujo comercial considerable, que fue decayendo en el siglo XVII por la crisis económica generalizada en todo el país.

Las reformas borbónicas supusieron un relanzamiento de la economía, pero no de sus estructuras, que se mantuvieron como en los siglos anteriores. Los ilustrados, que tuvieron en Miguel Monterde, canónigo del Santo Sepulcro, a un representan-



Cárcavos del molino harinero de Bubierca

te destacado, intentaron aportar nuevas ideas y proyectos para revitalizar la vida económica, aunque sin grandes resultados. Se intensificó en esta época el cultivo del cáñamo en todas las vegas, lo que permitió mantener la presencia de oficios relacionados con esa planta industrial, como tejedores, alpargateros y sogueros. La economía, que presentaba rasgos autárquicos, aprovechaba los recursos naturales de cada pueblo para el consumo interno de la población. La actividad de carácter

industrial había quedado reducida en el siglo XVIII a pequeños artesanos, molinos harineros, batanes, algún molino de aceite, tenerías, alfares, fabricas de jabón en Bijuesca, un molino de papel de estraza en Huérmeda, canteras en Fuentes de Jiloca, molinos de pólvora en Villafeliche y poco más.

Casi todos los pueblos pertenecían al Arcedianado de Calatayud, dependiente del Obispado de Tarazona, que no veía con buenos ojos la continuidad de todos los privilegios que implicaba el derecho de patrimonialidad de sus iglesias. Por su parte, sin desanimarse nunca, los clérigos trabajaron con ahínco para que Calatayud tuviese obispo propio, fracasando siempre en sus intentos. El enfrentamiento entre Tarazona y Arcedianado ha sido una constante histórica de nuestra comunidad. La iglesia controlaba no sólo la vida religiosa, sino también gran parte de la vida económica, con sus extensas propiedades y la imposición de los diezmos sobre toda la producción. Los conventos de religiosos y religiosas de Calatayud, Maluenda y Miedes fueron capaces de hacerse en poco tiempo con la propiedad de numerosas tierras de la zona. En el momento de su expulsión, los jesuitas de Calatayud tenían la propiedad de cientos de anegadas en toda la comarca.

La religiosidad impregnaba todos los aspectos de la vida social. En unos pocos años se consolidaron tradiciones y devociones populares que todavía hoy mantenemos. A partir del Concilio de Trento se intensificó, fomentado por la jerarquía eclesiástica, el culto a los santos y a las reliquias, que llegaron en abundancia a las iglesias y monasterios de nuestros pueblos. La reliquia más famosa fue la de S. Inigo, a quien se hizo nacer en Calatayud para que fuese declarado patrono de la ciudad. Los principales santuarios marianos y centros religiosos de la comarca alcanzaron mayor protagonismo y relevancia religiosa, gracias a la proliferación de supuestos milagros, que ahora nos parecen ingenuos, pero que entonces tenían una clara intencionalidad política y social. Se atribuyeron milagros a la Virgen de la Sierra, cuyas campanas tañeron solas por la victoria de Lepanto. La Virgen de Jaraba fue testigo de las curaciones del obispo Cerbuna. La Virgen de Tobed lloró lágrimas por la falsa conversión de los moriscos. Se trajo una copia de la Sábana Santa de Turín a Campillo de Aragón. Incluso se intentó hacer pasar por milagroso el retrato de San Ignacio de Munébraga.

Baltasar Gracián
(Belmonte de Gracián, 1610 - Tarazona, 1658)

JORGE M. AYALA

Los aragoneses tenemos a gala incluir a Baltasar Gracián entre los escritores y pensadores universales. Universal significa que el contenido de sus escritos vale para todas las personas. Por eso es leído Gracián en todos los países del mundo.

Esta universalidad la aprendió Gracián en los libros –leyó muchísimos a lo largo de su vida–, y también observando a las personas con las que vivió: en Belmonte de Gracián, en Ateca, en Calatayud, en Zaragoza, en Huesca, en Graus, etc. Vivió permanentemente en Aragón, excepto el tiempo de estudios pasado en Tarragona y Valencia. En Madrid estuvo dos veces por asuntos oficiales, y no se trajo buen recuerdo de la Corte y de los políticos. Fue ilusionado y volvió desengañado.

En sus escritos no suele hablar ni de sí mismo ni de su familia. Por eso, hasta hace pocos años no sabíamos que su padre era de Saviñán, y que había pasado la infancia en Ateca, de donde su padre fue médico titular. Tampoco se sabía cuántos hermanos tuvo, ni dónde murieron sus progenitores.

La familia tuvo gran importancia en la educación intelectual y religiosa de Gracián. En *El Héroe* alaba, sin nombrarla, a su madre por esta recomendación: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno». En la *Agudeza y arte de ingenio* califica a su padre de «hombre de profundo juicio y muy noticioso». Así mismo, se siente orgulloso de sus hermanos religiosos (Magdalena, Felipe, Pedro y Raimundo) por el gran in-



Busto de Baltasar Gracián, obra del artista Juan Cruz Melero

genio que demuestran en sus predicaciones, en sus composiciones poéticas y en sus trabajos.

Gracián fue un aragonés, como suele decirse, por sus cuatro costados. A lo largo de su vida tuvo ocasión de mostrar su nobleza y su valor: como capellán militar en la guerra de Cataluña; como escritor, sufriendo con entereza las acusaciones de algunos desaprensivos y envidiosos; y como jesuita cumpliendo con responsabilidad los cargos que le confiaron. Gracián niega que los aragoneses sean tozudos, al contrario, saben emplear bien la razón. Así se lo decía su tío sacerdote Antonio, con el que pasó algunos años de su juventud en Toledo: «en los aragoneses no nace de vicio el ser arrimados a su dictamen, sino que, como siempre hacen de parte de la razón, siempre les está haciendo grande fuerza».

Gracián vivió muy enraizado en su tierra y en su circunstancia histórica: España. Quiso contribuir con sus escritos a enderezar el timón de la política española, que se hallaba en pleno declive. De nación descubridora y conquistadora de nuevas tierras, estaba pasando a ser una nación perdedora de las propias. Gracián escribe para el rey, para los políticos de la Corte, para el intelectual, para hombre de negocios, para toda persona en general. Su cultura es tan amplia, que puede ponerse a la altura del mayor entendido.

Sus grandes preocupaciones eran éstas: Aragón, a la que llama «la buena España» por haber contribuido a su formación, debe ser fiel a su origen español; la Monarquía española tiene una misión histórica que cumplir en Europa y en el mundo; el hombre, como realidad moral, está llamado a alcanzar su propia perfección; el saber es imprescindible para ser persona, pero conviene que sea práctico, es decir, que esté puesto al servicio del progreso moral, intelectual y espiritual del hombre.

Con su nombre tan universal, pocos han hecho tanto por Aragón como Baltasar Gracián. Como hicieron, cada uno a su modo, Miguel Servet, Francisco Goya, Luis Buñuel, Ramón J. Sender. Todos ellos coinciden en haber sido profundamente aragoneses, pero universales, sin caer en el localismo empobrecedor y disgregador. A través de estos personajes descubrimos que en el hombre y en la mujer aragoneses hay una veta de sentido humano que no conviene perder, porque es fuente de progreso moral, como nos han demostrado estas grandes figuras de la cultura.

La comarca vio nacer en unos pocos años a figuras de proyección nacional e incluso universal, cuyos nombres merece la pena recordar. Figuras religiosas, como San Pascual Bailón, de Torrehermosa, patrono de la Eucaristía; el Venerable Palafox, de Ariza; el Venerable Ruzola, de Calatayud; el pintor Jusepe Leonardo y escritores como Serón, Rodrigo Zapata, los tres de Calatayud; Miguel Martínez del Villar, de Munébrega, y sobre todos los demás, Baltasar Gracián, el genial jesuita de Belmonte. Ya en el siglo XVIII nació S. Ignacio Delgado, el santo de Villafeliche.



Antiguo Seminario de Nobles de Calatayud.
Emblema heráldico

En 1767 se expulsó a los jesuitas de Calatayud, decisión que repercutió en toda la comarca porque era la única institución capaz de ofertar una enseñanza de calidad a estudiantes de todas las localidades. El extrañamiento supuso además el cierre del recién creado Seminario de Nobles, privando a la comarca de una institución educativa de élite.

Durante tres siglos, la comarca de Calatayud no experimentó transformaciones sociales ni económicas profundas. Sin embargo, con la llegada del siglo XIX todo cambió.

La burguesía revolucionaria y sus transformaciones sociales

La guerra contra los franceses alcanzó de lleno las tierras de Calatayud. Es el preludio del fin del Antiguo Régimen y a partir de entonces ya nada será como antes. Las principales acciones de guerra se desarrollaron en Villafeliche, por el control de las fábricas de pólvora, en Calatayud, Ariza y El Frasno. La zona fue ocupada totalmente por las tropas francesas. Hizo su aparición también la guerrilla, como en el resto del país, con El Empecinado y Durán como cabecillas más destacados. Terminada la guerra, menudearon los choques armados entre absolutistas y liberales por todo el sector. En su gran mayoría, las gentes de la zona estaban en contra de las nuevas ideas liberales que se habían gestado en las Cortes de Cádiz. Terminó el trienio liberal con la llegada de las fuerzas francesas del Duque de Angulema, que también pasaron por Calatayud. A la muerte de Fernando VII, la primera guerra carlista golpeó de nuevo con fuerza la comarca y hasta el general Cabrera se presentó con sus tropas por un breve período de tiempo. Las guerras continuas dejaron arruinada la vida económica y socio-cultural.

Entre tanto, en la reorganización de provincias de 1821, Calatayud y una extensa área, que incluía más localidades de las que configuran actualmente la comunidad, se convirtieron provisionalmente en la cuarta provincia de Aragón, pero sólo durante el período constitucional, hasta 1823. El sector quedó de forma definitiva encuadrado años más tarde en la provincia de Zaragoza, dentro de la reforma que se hizo de todas las provincias en 1833. La división en partidos judiciales del año siguiente creó dos, el de Ateca y el de Calatayud, situación que se mantuvo largo tiempo, hasta bien entrado el siglo XX, en el que se suprimió el de Ateca.

Alejadas definitivamente las escaramuzas carlistas de la zona, se entró en una lenta fase de reconstrucción económica. Las desamortizaciones civiles y eclesiásticas supusieron el desmantelamiento del poder económico de la iglesia y la compraventa de numerosas propiedades en todo el sector. Desaparece, por ejemplo, el poderoso monasterio de Piedra que durante siglos había controlado la economía de numerosos pueblos de su entorno. Pero, además, el proceso desamortizador acarreó la ruina de numerosos edificios religiosos y la pérdida de monumentos únicos, que todavía hoy lamentamos, entre ellos el convento de dominicos de San Pedro Mártir de Calatayud. Poco a poco, la economía empieza a despegar de la mano de una burguesía capaz de invertir capitales en negocios productivos. Ya ha desaparecido definitivamente la sociedad estamental y estamos en una sociedad de clases, que va a posibilitar transformaciones socioeconómicas más rápidas.

En el tramo final del siglo XIX todo se acelera y la comarca entra en un proceso de transformación imparable. El desarrollo de las comunicaciones activa la vida económica. En 1826 se había mejorado la carretera de Madrid-Zaragoza, medida que desplazó definitivamente a la vecina Daroca como ruta alternativa de comunicación entre la meseta y el valle del Ebro. La construcción de vía férrea Madrid-Zaragoza, el MZA, y más tarde la de Calatayud-Teruel, el llamado Ferrocarril Central de Aragón, cambió la fisonomía de los dos valles más importantes de la comarca y revitalizó su economía. En 1875 se inauguró la línea Valladolid-Ariza, que conectaba desde Valladolid la línea del Norte (Madrid-Irún) con la de Madrid-Zaragoza. Todavía habrá que esperar a los años veinte para que se complete la estructura de carreteras, muy similar en su trazado a la que disponemos hoy, que fueron sustituyendo

lentamente a los viejos caminos reales, veredas y sendas. Al abrigo de las nuevas comunicaciones, sobre todo el tren, se construyeron establecimientos de baños. Fueron aprovechadas las fuentes medicinales del sector para levantar balnearios en Alhama de Aragón, Jaraba y Paracuellos de Jiloca, a los que acudía la burguesía acomodada de la zona, de Zaragoza e incluso de Madrid. El termalismo constituye todavía hoy una de las señas de identidad de la comarca.



Carruaje del siglo XIX expuesto en el monasterio de Piedra

La provincia de Calatayud

JULIÁN MILLÁN GIL

El 1 de Enero 1820 el coronel Rafael del Riego se levanta en Cabezas de San Juan y en Cádiz, dando lugar a un régimen liberal constitucionalista, que se ha denominado el «Trienio Liberal», que fue derribado tres años más tarde por la intervención militar francesa acordada por los reinos de Europa que formaban la Santa Alianza. El ejército francés, que fue bautizado en España con el nombre de «Los cien mil hijos de San Luis», pone fin a este periodo reinstaurando el absolutismo.

Hasta ese momento la división territorial del país ha sido heredera de las administraciones medievales; en el caso concreto de Calatayud a través de su Comunidad de Aldeas. Estas divisiones se demostraban ya caducas y desde algún tiempo atrás se planteaban nuevas demarcaciones, más acordes a las circunstancias políticas, sociales y económicas del Estado. Sin embargo ninguna de ellas llegó a cuajar. A modo de ejemplo diremos que poco antes de la invasión napoleónica había en España 9 Reinos, 2 Principados, 1 Señorío, 16 Corregimientos en ambas Castillas, 2 Provincias Exentas y 2 Territorios Insulares.

En las Cortes extraordinarias abiertas el 29 de septiembre de 1821, Fernando VII señaló como primera medida necesaria para consolidar el sistema constitucional la acertada división del territorio nacional, para lo cual se crea una comisión que propone la partición del país en 51 provincias. Las Cortes la aprueban con alguna modificación –las provincias vascongadas serán tres y no dos–, que sumarán un total de 52 provincias.

La discusión y aprobación de la Provincia de Calatayud tuvo lugar en la sesión de 4 de octubre de 1821 y se publicó en la gaceta el día siguiente. La votación obtuvo 76 votos a favor y 32 en contra. En la discusión de la propuesta tan sólo se alegaron razones de economía administrativa que no se estimaron y que proponían reunir en una sola las provincias de Teruel y Calatayud.

Las Cortes, en sesión de 18 de octubre de 1821 aprobaron la Ley de División Provincial de España que se publicó en la *Gaceta* al día siguiente. El 20 de noviembre se aprueba la división militar del territorio y en ella se forma el distrito de Aragón con Capitanía General, integrado por las provincias de Calatayud, Huesca, Teruel y Zaragoza.



Azulejo indicativo en la Puerta de Terror

El 27 de diciembre de 1821 se aprueban los grupos en los que se van a clasificar las provincias para la fijación de sueldos y gastos de sus gobiernos políticos, y Calatayud queda integrada en el grupo 4º, junto con Jaén, Ávila, Castellón, San Sebastián, Huelva, Logroño, Huesca, Gerona, Játiva, Lérida, Palencia, Segovia, Soria, Teruel, Villafranca del Bierzo, Bilbao, Zamora, Vitoria, Chinchilla, Cuenca y Guadalajara. El 29 de diciembre del mismo año se aprueban y publican los límites de la Provincia de Calatayud, en la que se integran los pueblos que constituían su Comunidad histórica, más los que pertenecían al antiguo señorío de los Luna (actual Comarca del Aranda), toda la vega del Jalón hasta La Almunia, la parte norte de la Comunidad de Daroca y algunas localidades de la cabecera del Jálón (Medinaceli y Santa María de Huerta entre otras) y las cabeceras de los ríos Mesa y Piedra. Limitaba esta provincia con las de Zaragoza, Teruel, Guadalajara y Soria.

Pero la provincia de Calatayud duró solamente hasta 1823. La división administrativa creada por las Cortes de 1821 fue derogada por el célebre decreto de 1 de octubre de 1823, dictado por Fernando VII al restaurarse el realismo absolutista impuesto a la fuerza por «Los Cien Mil Hijos de San Luis». Desde este momento España carece de división administrativa, hasta que en 1833 las Cortes aprobaron –y la Reina Isabel II sancionó– la demarcación provincial que se mantiene hasta la actualidad. Es la misma división aprobada en 1821 con pequeños retoques y con la supresión de las provincias de Játiva, Calatayud, Chinchilla y Villafranca del Bierzo, sin razón alguna que justificase este nuevo planteamiento.

Según de la Fuente, en la división provincial de 1842 se planteó de nuevo la provincia de Calatayud, pero bastaron dos reuniones de las provincias de Guadalajara y Soria, con adhesión de Zaragoza, para abandonar el proyecto. No consta que se alzasen voces en contra de esta decisión, aunque hay algunas instituciones que ven mejorable la distribución administrativa provincial. En 1880 la Sociedad Española de Geografía propone una nueva partición porque «hasta la fecha sólo se nota conformidad por parte de todos en que la división actual es irregular y muy susceptible de mejoras».

Según Fausto Navarro Azpeitia «Calatayud no tenía que luchar con nadie para ser capital, y por extraños y objetivamente fue propuesta y creada. Era una capital nueva como tantas otras hoy bien arraigadas que a ninguna población dañaba, a la que ninguna se opuso y que resolvía enojosas cuestiones de límites y de jurisdicción en una Comarca natural».

Bibliografía:

NAVARRO AZPEITIA, F., *Cuando Calatayud fue capital de provincia*. Ed. Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 1993.



Fábrica de Chocolates Hueso, en Ateca

Además del creciente progreso económico, la Restauración trajo también a nuestra comarca las costumbres de la burguesía emergente, reflejada en diversos aspectos, como fueron los casinos, los primeros periódicos, la primera gran plaza de toros, el teatro, la música, la ópera, los juegos florales o las bandas de música de algunas localidades. Casi todo ello, naturalmente, en Calatayud, la única localidad capaz de contar con estas actividades culturales y recreativas. La mayor parte de los pueblos seguían manteniendo sus costumbres populares, sus tradiciones, como elemento básico de su cultura, que no experimentó cambios significativos.

Los pueblos continuaban siendo agrícolas y ganaderos, pero la industria comenzó a instalarse tímidamente en algunas poblaciones como Ariza, Ateca, Villarroya de la Sierra y, especialmente, Calatayud, a finales de siglo y principios del XX. La industria de la zona fue la característica de Aragón: azucareras, alcoholeras y licoreras, harineras y transformadoras de productos agrarios. La remolacha reemplazó parcialmente al cáñamo como cultivo preponderante en las vegas. La prosperidad económica no alcanzó por igual a todas las poblaciones, sino que benefició más a las situadas junto a la línea del ferrocarril.

Nuestro pasado más reciente

A principios del siglo XX nuevas fuerzas sociales hicieron su aparición. Los elementos conservadores, sobre todo el catolicismo social, muy implantado en la

comarca, con el periódico *El Regional* como adalid, intentaron frenar inútilmente el sindicalismo obrero emergente, cada vez más organizado. *La Justicia* aglutinaba a los grupos sociales más progresistas. Los dos periódicos de Calatayud simbolizan la pugna ideológica que se estableció en aquellos años. El anticlericalismo popular se exacerbó y los incidentes contra el clero fueron frecuentes. Fueron años de agitación social, de huelgas, de confrontación ideológica. Las elecciones a diputados seguían la tónica del país: corrupción electoral y caciquismo insalvable. En el distrito Calatayud-Ateca, las dos fuerzas más significativas fueron los republicanos y los conservadores, siendo éstos últimos quienes ganaron casi todas las elecciones a Cortes. El conservador Gabriel Maura, hijo de Antonio Maura, y el republicano Darío Pérez fueron los candidatos más relevantes del período.

De la misma forma que en el tránsito del XVI al XVII hemos señalado unos nombres significativos, también ahora, en la llamada *Edad de Plata* de la cultura española, aparecen figuras de primer orden en nuestra comarca, casi todos ellos en Calatayud. Los músicos Pablo Luna, de Alhama de Aragón, y Pascual Marquina; artistas como el escultor Pablo Remacha; el botánico Benito Vicioso; los escritores Valentín Gómez y Juan Blas y Ubide; Joaquín Dicenta Benedicto, el autor teatral de *Juan José*; el dramaturgo José Muñoz Román; el jurisconsulto Salvador Minguijón; el médico Aurelio Romeo; el poeta popular Sixto Celorrio. Además, se consolida la prensa con los dos periódicos ya citados de Calatayud, y uno en Ateca, *La Democracia*. También surge el deporte como fenómeno social, sobre todo el fútbol y el ciclismo. Toda esta fuerza cultural se vio abortada años más tarde con el trágico final de la Segunda República. Destacó por su repercusión a nivel nacional el Homenaje a la Mujer Bilbilitana de 1924, de desagravio a las mujeres de Calatayud

por la copla original de la Dolores, que desde la perspectiva actual recordamos como un acto conservador, enmarcado en la cultura de carácter costumbrista tan en boga entonces.



El músico Pablo Luna, natural de Alhama de Aragón

La Dictadura acalló momentáneamente la conflictividad social. Primo de Rivera visitó Calatayud y vinculó definitivamente su nombre a la ciudad con la creación del instituto que lleva todavía su nombre. El impulso de obras públicas se dejó notar en toda la zona. Se construyó la línea Calatayud–Soria, enmarcada en el proyecto Santander–Mediterráneo que sólo pudo llegar hasta Ciudad–Dosante, se trazaron nuevas carreteras comarcales y otras obras de



Saviñán. Puente sobre el río Jalón. Carretera de Saviñán a Embid, km 1

ingeniería civil. Con la llegada de la República se reavivaron las tensiones sociales de principios de siglo. En 1933 un grupo de exaltados quiso incendiar todas las iglesias de Calatayud y en el frustrado intento, se quemó totalmente la imagen de la Virgen de la Peña. Interrumpida bruscamente la República por el golpe de estado militar, la comarca de Calatayud permaneció durante toda la contienda civil en zona franquista, en la retaguardia. La represión contra los republicanos y gentes de izquierda fue muy violenta en bastantes localidades.

La posguerra acarrió involución ideológica, penurias económicas y un estado de postración generalizada del que el país empezó a salir en los años sesenta. Sin embargo, la comarca quedó muy perjudicada por el nuevo modelo de desarrollo, ya que la emigración afectó sin excepción a todos los pueblos. La construcción del pantano de la Tranquera permitió regular mejor los regadíos tradicionales en el Jalón. Se cerró el ciclo de la remolacha, por el traslado de las azucareras a otras regiones, y comenzó el cultivo intensivo de frutales en todas las vegas. En los últimos años el declive de la agricultura tradicional se ha acelerado: una gran parte de los campos está sin cultivar y apenas hay agricultores jóvenes. La forma de vida tradicional de los pueblos ha desaparecido de forma irreversible y se ha llevado consigo tradiciones populares y manifestaciones folclóricas. La falta de sensibilidad hacia nuestro patrimonio cultural y popular causó la desaparición y la desvirtuación de monumentos, justificada en este caso por el desarrollismo económico. Sólo la ciudad de Calatayud ha vuelto a coger impulso en los últimos años con una tímida industrialización y como ciudad de servicios.

La pérdida de habitantes y el envejecimiento de la población ha sido constante. A pesar de todo, hemos alcanzado en toda la comunidad un nivel de vida impensable hace unas décadas y todos confiamos en el sistema democrático como la única forma posible de organización social. Asistimos asombrados a la llegada masiva de emigrantes de países del este, sobre todo rumanos, y también de hispanoamericanos y magrebíes, que vienen a ocupar puestos de trabajo para los que no se encuentra fuerza laboral en la zona. Quinientos años atrás se expulsó a los judíos y cien años más tarde, a los moriscos, todos aragoneses, como nosotros. En estos momentos de cambio social profundo, del que quizás no seamos todavía demasiado conscientes, nos encaminamos otra vez, como hace siglos, hacia una sociedad multicultural, heterogénea y abierta. El futuro dependerá de nuestra capacidad para integrar eficazmente a quienes vienen a trabajar y a vivir en esta tierra, enclavada en el corazón de la antigua Celtiberia.

Bibliografía

BIELZA DE ORY, VICENTE, «Cambios territoriales, socio-económicos y ecológicos en la comarca de Calatayud», Actas del IV Encuentro de Estudios Bilbilitanos, I, CEB, Calatayud, 1997.

BIELZA DE ORY, VICENTE, «La demografía de la Comunidad de Calatayud en el siglo XVII», *Jerónimo Zurita, Cuadernos de Historia*, 25-26, pp. 55-83. Zaragoza, 1975.

MONTERDE Y LÓPEZ DE ANSÓ, MIGUEL, *Ensayo para la descripción geográfica, física y civil del Corregimiento de Calatayud 1788*, Introducción y transcripción de José María Sánchez Molledo. CEB, Calatayud, 1999.

URZAY BARRIOS, J. A., SANGÜESA GARCÉS, A. e IBARRA CASTELLANO, I., *Calatayud a finales del siglo XVI y principios del XVII (1570-1610)*, CEB, Calatayud, 2001.



La industrialización en la comarca de la Comunidad de Calatayud

AGUSTÍN SANCHO SORA

La comarca de Calatayud, estructurada en torno a los cursos del alto Jalón y bajo Jiloca, al igual que la provincia a la que pertenece, se configuró como un área de especialización agropecuaria. Junto al cereal, se fue desarrollando el cultivo de la vid, así como los frutales en la vega de los ríos. Respecto al olivar, a pesar de no ser una zona especializada en este producto, progresivamente se fue introduciendo en algunos pueblos de la comarca.

Aprovechando las disponibilidades hidráulicas y la construcción de las líneas férreas que unían Madrid con Zaragoza y Soria con Caminreal por el Jiloca, se desarrolló una industria agroalimentaria, especialmente vinculada a esas líneas de comunicación y a la cabecera de la comarca.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, favorecida por la demanda de harinas procedente de Cataluña, la industria harinera de la comarca sufrió un proceso de modernización tecnológica. Su producción de harinas en la primera mitad del siglo continuaba relacionada con las formas tradicionales de molienda de grano en pequeños molinos, diseminados por los distintos pueblos de la comarca, que aprovechaban la energía hidráulica. Estos molinos locales desarrollaban harinas con alto contenido de impurezas (al incluir la corteza y el germen). Estimuladas por el aumento de la demanda, se fueron desarrollando en la segunda mitad del siglo fábricas de varias muelas que limpiaban, cernían y clasificaban el grano, eliminando las impurezas. La transformación más importante se debió a la instalación de fábricas por el procedimiento de cilindros «Austro-Húngaros», sustituyendo las piedras por cilindros para triturar el grano.

Este núcleo harinero de Calatayud se benefició a finales del siglo XIX de la nueva línea de ferrocarril Valladolid-Barcelona (vía Ariza), y a principios de siglo de la línea del Central Aragón que le conectaba directamente con Valencia. En 1916 junto a la proliferación de fábricas con piedras, Calatayud contaba con cinco fábricas por el moderno sistema de molienda por cilindros, siendo el principal núcleo harinero de la periferia provincial (fábricas de la Vda. de Ramón Sancho, Vda. de P. Sancho, Montuenga y Mochales, Ciriaco Álvaro y Miguel Vela) además de una fábrica con cilindros en Nuévalos (Juan Muñoz) y otra en Ariza (Julián Cabrerizo).

La expansión de la industria harinera a lo largo del primer tercio del siglo XX se manifestó en la creación de nuevas fábricas por los modernos sistemas de cilindros en la comarca. Así, en 1935, en Calatayud se contabilizaban cuatro fábricas (Riva y García S.A., Hijos de Ramón Sancho, Vda. de Ramón Esteve y Maximino Germán) y junto a las de Ariza y Nuévalos (ésta última ahora en propiedad de Hijos de Ramón Sancho), citadas anteriormente, en Ateca (Rafael Bosch),

Berdejo (Matías Nievas), Bijuesca (Victoriano Miguel), Cetina (Javier Esteban), Torrelapaja (Gómez Sauca y Cia.) y Villarroya de la Sierra (Maximino Marquina). El declive de esta industria se observa en la paulatina desaparición de estas fábricas: en 1958, de las citadas con anterioridad, continuaban tres en Calatayud, la de Ariza y Torrelapaja, creándose una fábrica nueva en Maluenda (Mariano Moros Guillén); y en 1976 sólo quedaba una en Calatayud y la de Maluenda.

El viñedo estuvo muy extendido por la comarca, destacando Calatayud y Ateca. Este cultivo, así como la producción de vino, se expandió en la segunda mitad del siglo XIX por la demanda de vino procedente de Francia, tras la destrucción de su viñedo por la filoxera. Esta plaga también penetró a principios del siglo XX en la comarca, ocasionando una crisis en el sector que se fue recuperando a lo largo de los años veinte. Proliferaron las bodegas vinícolas en los distintos pueblos, algunas de ellas como sociedades cooperativas (Ateca, Calatayud, Cervera de la Cañada, Maluenda, Miedes de Aragón, Villalengua, Villarroya de la Sierra, etc.). No tan numerosas, podemos citar algunas almazaras, como las de Aniñón, Arándiga y Sediles.

Uno de los sectores que produjo una de las transformaciones más importantes en el sector agrario de la comarca fue la producción de azúcar a partir de la remolacha, expandiéndose este cultivo por toda la vega asociada a la instalación de estas fábricas.

La producción de azúcar se inició en nuestro país tras la independencia de Cuba y las últimas colonias ultramarinas en 1898 con la guerra contra Estados Unidos.



Azucarera de Terrer. Casa de los ingenieros

En 1899 se fundaron la Azucarera de Calatayud y la Azucarera Labradora (también en Calatayud). En 1904 estas dos fábricas se integraron en el trsts azucarero constituido en 1903 como Sociedad General Azucarera, que pasó a controlar 46 de las 57 fábricas existentes en ese momento en España (ocho aragonesas). La reestructuración que impuso la Sociedad obligó a cerrar ese mismo año la Azucarera Labradora.

La reducción en el cultivo de remolacha impuesto por la Sociedad General, favorecida por la Ley Osma de 1907, así como los intentos de monopolización del sector, contaron con la oposición de los labradores de la zona y de las azucareras «libres» y que se manifestó en un informe crítico elaborado en 1910 por la Asociación de Labradores de Zaragoza y su provincia. Tras la derogación de la citada Ley en 1911 y el aumento la demanda de azúcar provocado por la I Guerra Mundial, se propició la creación de nuevas fábricas entre las que se encontraba la azucarera de Terrer, fundada en 1917, absorbida posteriormente por la Compañía de Industrias Agrícolas. Pasada la Guerra Civil, las fábricas de azúcar de la comarca de Calatayud, como las del conjunto de la provincia, fueron cerrando progresivamente, dejando como huella las naves vacías, testigos del viejo esplendor azucarero-remolachero.

Una producción derivada del cultivo de la remolacha y la fabricación de azúcar fue la de alcoholes industriales a partir de la desecación de melazas y la destilación de pulpas procedentes de las azucareras. Una destilería de este tipo fue fundada en Terrer por la Compañía de Alcoholes de Bilbao aprovechando la producción de la azucarera situada en la misma localidad.

Dentro de la producción de alcoholes también destacan las fábricas de alcohol vínico, procedente del orujo de la uva, creadas en lugares bien comunicados y de importante producción vitivinícola, como Ateca (José Sánchez) y Calatayud.

Cabe también destacar la especialización de algunas localidades en productos concretos, como el caso de Ateca referente a la elaboración de chocolate, con la creación muy temprana de la fábrica de chocolates Hueso (fundada en 1874 por José María Hueso), aprovechando la ventaja de localización que suponía la línea de ferrocarril Madrid-Zaragoza, a mitad de camino entre las



Antigua alcoholera en Ateca

dos ciudades, así como las buenas características del clima para la conservación de la materia prima.

Del mismo modo, las características de los suelos, ricos en arcilla en algunos lugares, y en yeso en otros, propició el desarrollo de algunas industrias de fabricación de material de construcción (ladrillo, tejas, azulejos) en Ariza o Cetina, así como la fabricación de yesos en el caso de Calatayud.

Uno de los aspectos más relevantes de final del siglo XIX y principios del XX es la difusión de la electricidad. Antes de los avances tecnológicos que permitieron la conexión de líneas eléctricas y de los procesos de concentración empresarial que finalizarán con la creación de Eléctricas Reunidas de Zaragoza, en las dos primeras décadas del siglo se constituyó un número importante de pequeñas empresas productoras de energía eléctrica, aprovechando el agua de los ríos, para suministrar a una o varias localidades cercanas. Como ejemplo de este tipo de empresas destacaremos: Hidroeléctrica del Mesa, que suministraba energía a localidades situadas cerca de los ríos Mesa y Piedra; Electra Marcial, para la ciudad de Calatayud; Electra de Embid de la Ribera, que suministraba a Paracuellos de Jiloca; Molino de Ateca suministraba a Ateca; Electra de la Cañada, para suministrar energía a Ateca, Aniñón, Cervera de la Cañada y Torralba de Ribota; Central Eléctrica de Terrer; Electra Aurora de Fuentes de Jiloca o Eléctrica Vicente Martínez en Montón de Jiloca, entre otras.

Por último, en relación con industrias tradicionales procedentes de siglos anteriores, a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX continuó la fabricación de jabón industrial en la comarca (Calatayud, Ariza), pero en otros casos las industrias artesanales textiles basadas en el cultivo del cáñamo, tan floreciente en tiempos anteriores en las vegas de los ríos de la comarca, fueron desapareciendo por las nuevas pautas de establecidas por el proceso de industrialización.

Bibliografía:

BIASCAS FERRER, José Antonio (1985): *El proceso de industrialización en la región aragonesa en el periodo 1900–1920*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1997): *Gente de orden. Aragón durante la dictadura de Primo de Rivera (1923–1930)*, 3 tomos, Ibercaja, Zaragoza.

GERMÁN ZUBERO, Luis (1990): «La industrialización de Aragón. Atraso y dualismo interno», en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert, *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona.

GERMÁN ZUBERO, Luis (1999): *Especialización industrial harinera y transformaciones empresariales en Aragón (1845–1995)*, Fundación Empresa Pública (Documento de trabajo).

GERMÁN ZUBERO, Luis (2002): «Harinas de Aragón. Siglo y medio de especialización trigo-harinera (1845–1995)», *Historia Agraria*.